

# Maestro

Manuel nunca había sido un alumno listo, despierto, de los que aprenden rápido; aquellos que no necesitan revisar apuntes y terminan sus tareas en un dos por tres. Nunca se había ganado un premio como mejor estudiante, nunca los profesores habían alabado alguno de sus trabajos escolares,

9



nunca le habían puesto un sobresaliente en su libreta de calificaciones.

10 Pero qué importaba si ahora, por fin, era maestro. Lo había logrado estudiando duro, luchando a cada momento con los problemas matemáticos, lidiando con las trampas de la Filosofía y pasando por alto las bromas de sus compañeros que, a menudo, lo tildaban de torpe.

Enseñar a los chicos a leer y escribir, cumplir con esta misión tan bella, era lo que él había querido hacer desde siempre, su sueño. En los momentos más difíciles de su carrera, cuando estaba a punto de dejarlo todo por la desesperación y el cansancio, este sueño lo empujaba a seguir adelante.

Ahora estaba allí, junto con el grupo de maestras y maestros recién graduados, esperando conocer cuál sería su destino. Su nombre estaba en la última hoja del largo

listado, probablemente por ser el más joven y con menor experiencia. Pese a ello estaba feliz, emocionado y dispuesto a irse adonde fuera, así lo mandaran al fin del mundo.

Y fue precisamente allí a donde lo enviaron.

La balsa llegó por fin a la otra orilla. Todavía con los pies en el barro del pequeño embarcadero, Manuel miró el río que había cruzado, la muralla de vegetación —alta y tupida— que se le presentaba delante, el caminito que se deslizaba como serpiente hacia Villa Santa, donde lo esperaban su escuela y sus alumnos.

11

—¡Ánimo! —se dijo mientras subía al mototaxi que le había enviado la Municipalidad. Durante el recorrido, puso varias veces la mano en el bolsillo donde tenía los papeles que lo calificaban como maestro. Eran su único tesoro.

Villa Santa se asentaba frente a un remanso del río, donde se mecían con desgana cuatro o cinco lanchas de pescadores. Unas casuchas de madera, apretujadas como ovejas, formaban el pueblito. En una plazuela pelada y triste se levantaba el único edificio decente, que era al mismo tiempo municipalidad, iglesia, escuela y posta médica. No había nada más. La selva circundaba este mundo solitario con un abrazo maternal.

—Esta es su casa —dijo el alcalde enseñándole un pequeño ambiente dentro de la escuelita—. Bienvenido, señor maestro, estábamos pendientes de su llegada.

Era la primera vez que alguien le decía «maestro» así que Manuel sintió orgullo, a pesar de lo que sus ojos veían: una vieja tarima arrimada a la pared, una mesita tembleque al costado, una cocina corroída por la mugre, dos sillas destartaladas y, en la ventana, un mosquitero atiborrado de zancudos.

—Así que —dijo sin pestañear—, mañana mismo empiezo.

Cuando abrió la puerta de su escuelita entraron tres alumnos.

Manuel escribió, con una cuidada caligrafía, sus nombres en el listado:

—Margarita... Luis... Esteban...

13

Esperó un rato a que llegaran los demás, después dijo:

—Faltan siete. ¿Dónde están?

Los chicos se encogieron de hombros.

—¿No se les dijo que tenían que venir?  
—insistió él.

—Nunca vienen —contestó Margarita, como si explicara una ley de la naturaleza.

—¿Y por qué?

—No sabemos

—dijo Esteban.



Ese mismo día, Manuel fue a buscar al alcalde para preguntar.

14 —La municipalidad de Villa Santa es mucho más grande de lo que usted ve —explicó el hombre—. Abarca otros pueblos aún más pequeños y aldeas que están en la orilla del río. No puede esperar que sus padres los traigan a nuestra escuelita y luego vengan a recogerlos. Sería pedir demasiado.

—¿No cuentan con movilidad escolar?

El alcalde soltó una carcajada:

—Usted viene de la ciudad, ¿no es cierto?

Manuel asintió.

—Aquí no hay carreteras. La gente se desplaza por el río en lanchas y botes.

—Igual alguien podría ir a recoger a los alumnos —señaló el joven algo nervioso—. Estudiar es un derecho. Aprender lo es todo.

—Dígaselo a su Ministerio de Educación. Que me asignen un presupuesto para pagar

el transporte, señor maestro —dijo el alcalde sin inmutarse.

Ahora la palabra *maestro* ya no tenía el acento halagador de la primera vez. Más bien sonaba a tomadura de pelo o a reproche.

Al día siguiente, Manuel quiso enviar una carta al Ministerio para pedir que resolvieran el asunto del transporte. Así descubrió que Villa Santa tampoco contaba con una oficina de correos. Para encontrarla había que navegar dos días, río abajo, hasta la ciudad más cercana y tres días para regresar, viajando a contracorriente. ¿Quién habría podido encargarse de esto?

15

Pensó consultarlo primero con sus alumnos.

Los tres estaban muy sorprendidos.

—¿De veras quiere escribir una carta al Ministerio? —preguntó Luis.